

Tercer Domingo del TO A2020

Las lecturas de este domingo hablan de la salvación de Dios y la elección de los primeros discípulos. Nos muestran que ser discípulo es participar en el ministerio y la misión de Jesús. Nos invitan a continuar la misión de los discípulos por nuestro compromiso en la vida de la Iglesia y por la salvación de nuestros semejantes.

La primera lectura describe la profecía de Isaías sobre el futuro de Israel. Muestra cómo las personas que vivían en la tristeza y la angustia han sido visitadas por Dios. También muestra cómo Dios les trajo una alegría incomparable a la de los granjeros cuando cosechan y los soldados cuando regresan de la guerra.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es el maestro del ascenso y la caída de las naciones. También existe la idea de que sea que sea el sufrimiento de su pueblo, Dios termina visitándolos y consolándolos. La última idea es relativa a la certeza de que Dios es la alegría de su pueblo.

Este texto nos ayuda entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús elige a sus primeros discípulos. En primer lugar, el Evangelio comienza con la mención del arresto de Juan el Bautista y su encarcelamiento. Luego, habla de la mudanza de Jesús de Nazaret a Galilea, donde comenzó su ministerio.

Después de esto, el Evangelio da el contenido de la predicación de Jesús sobre el arrepentimiento y la proximidad del reino de los cielos. El Evangelio termina con la elección de los primeros discípulos y el viaje de Jesús alrededor de Galilea para predicar y curar a los enfermos.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la vocación al discipulado. ¿Qué quiero decir con esto? Permítanme comenzar con esta anécdota. Cuando visité la Tierra Santa por primera vez, a mi regreso, algunas personas me preguntaron qué parte del país me pareció muy interesante. Sin dudarlo dije que, aunque todo el país es histórico e interesante, el Mar de Galilea me conmovió mucho.

¿Por qué? Porque para mí era obvio que Galilea es un testigo silencioso de la historia de la salvación. De hecho, fue a partir de ahí que todo comenzó y el pequeño movimiento iniciado por Jesús galvanizó a todo Israel hasta el punto de convertirse en la Iglesia mundial y universal que tenemos hoy. Y fue a partir de ahí que Jesús eligió a sus primeros discípulos, como escuchamos en el Evangelio.

Sin embargo, cuando miramos a los discípulos, nos damos cuenta de que eran personas muy simples y comunes, es decir, simples pescadores. Y sin embargo, a pesar de esta simplicidad, Jesús los eligió para ser sus compañeros en la misión y compartir con él la carga y la alegría de su ministerio. Por eso les dice: "Los haré pescadores de hombres".

He reflexionado mucho sobre la identidad de estos discípulos y lo que he encontrado es lo que quiero compartir con ustedes. Primero, si estas personas eran hombres realmente comunes y, sin embargo, Jesús los eligió para la misión muy importante de la salvación, significa que, aunque estos llamados de Dios son personas muy comunes, como tú y yo, están llamados a realizar cosas extraordinarias.

Es por eso que debemos entender que si Dios nos llama a trabajar para él o para su iglesia, no es necesariamente porque somos los mejores entre nuestros pares, sino porque, a pesar de nuestras debilidades humanas, él quiere que lo hagamos. Ser sus compañeros de trabajo. En este sentido, lo mejor que podemos hacer es ser humildes.

Si entonces, nuestras manos pueden lograr cosas extraordinarias, debemos ser conscientes de que no son de nuestra creación, sino el resultado de la gracia de Dios que trabaja dentro de nosotros y ya nos ha precedido en el campo.

Este elemento de la gracia de Dios elimina cualquier temor que podamos tener porque no somos dignos. En otras palabras, lo importante no es quiénes somos como individuos, sino lo que podemos llegar a ser bajo la guía de Jesús cuando aceptamos su llamado. Fue así que los simples pescadores se convirtieron en testigos importantes de las enseñanzas y señales de Jesús y, finalmente, repitieron lo mismo que él.

Segundo. Aunque nuestro llamado es diferente de un individuo a otro y, según las circunstancias de la vida, todos, sin embargo, participamos en la misma misión, es decir, traer las Buenas Nuevas de salvación a nuestros hermanos y hermanas. En este sentido, lo importante no son las circunstancias que rodean nuestra vocación, por muy diferentes que puedan ser, sino la misión que se nos ha dado a través de esta vocación.

En ese sentido, mi vocación es realmente la respuesta que le di al llamado que escuché de Dios, pero es un llamado a una misión que trasciende mi propia individualidad. En otras palabras, al ser llamado y responder positivamente, soy solo un instrumento que Dios quiere usar para la salvación de mis semejantes.

Por lo tanto, no tengo motivos para jactarme, porque toda la gloria se puede dar solo a Dios que me ha elegido y no a mí como individuo. Es por eso que el lema de muchos santos ha sido siempre "Sola Gloria Dei": para la gloria de Dios.

Finalmente, para que el discípulo tenga éxito en la misión, debe cambiar su vida. Esta es la razón por la cual el Evangelio insiste en la necesidad del cambio al decir que los a quienes Jesús llamó eran pescadores, pero quería que se convirtieran en pescadores de hombres. En otras palabras, los invitó a dejar de ser trabajadores de peces y convertirse en pescadores de hombres.

Este elemento de cambio es constitutivo de la vida cristiana y está en el corazón de lo que significa ser cristiano. Sin un deseo permanente de cambiar y reformar nuestra vida para ajustarla a los valores del Reino de Dios, es muy difícil ser un buen cristiano y un discípulo de Jesús. Esa es la razón por la cual Jesús abre su ministerio público con esta invitación: "Arrepiéntanse, porque el Reino de los cielos está cerca". Lo que literalmente significa es reformar tu vida; deja que se transforme para que puedas acoger el Reino de Dios en tu vida.

Oremos, entonces, para que Dios nos ayude a confiar en él y respondamos favorablemente a su llamado a servirlo sirviendo a nuestros hermanos y hermanas. Seamos transformados por su palabra y seamos sus instrumentos dóciles de salvación. ¡Dios los bendiga a todos!

Isaías 8: 23-9: 3; 1 Corintios 1: 10-13, 17; Mateo 4: 12-23



Fecha de la Homilía: el 26 de Enero, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20200126 homilia.pdf